

¡Qué extraño que un entrenador de fútbol haga pensar a la gente cosas que nada tienen que ver con el balompié o que aparentemente nada tenían que ver con él!

Esto nos ocurrirá a partir del próximo miércoles cuando llegue a nuestro país César Menotti, victorioso y talentoso entrenador de fútbol, que hace rato se identifica con aquellos que entienden que más importante que la taquilla, la pelota, los contratos millonarios y las influencias ajenas al balón es, el hombre que juega fútbol, el hombre que se sienta en la tribuna a ver los partidos, o en su casa ante la televisión con sus hijos, su mujer o con los amigos.

Menotti, un exquisito de la conversación sin puntos aparte, que no se sale de sus frases *tangueras*, a las que da un contenido optimista y de profunda fe en el ser humano, ha dado al fútbol un contenido que para muchos es todo un descubrimiento. Porque el egoísmo es como la ceguera "y no hay lentes de ningún tipo que lo acerquen a la verdad, la decencia y el buen espíritu, cuando se parte del egoísmo". Menotti, como entrenador de fútbol, fue el inventor de un instrumento que no suena quejumbroso y que desplazó al bandoneón

Menotti, "deshollinador de la chimenea del espíritu"

Augusto López Ramírez/I

arrabalero, poniéndole música moderna. Por eso, se dice, Menotti es una especie de "deshollinador de las chimeneas del espíritu".

En la vida, es cierto, la chimenea del espíritu se nos va llenando, inexorablemente, de hollín. Por eso decía un amigo al confesar sus infidelidades a su esposa, "que el enamorarse tiene de lindo que uno se descubre bueno, porque para amar hay que serlo, y esto ayuda a despejar esa chimenea tan importante".

Ya ven ustedes como Menotti nos lleva a driblar los contornos que dan forma a la verdad. César Luis Menotti, hijo único de Antonio Menotti y de Olga Fasola, nació en Rosario el 5 de noviembre de 1938, en una ciudad donde las arboledas de los barrios y los potreros sembrados de ilusiones, destruyen el avance del cemento para rascacielos con suites de lujo.

Fue un fracasado vendedor de automóviles. Abandonó la carrera de técnico-químico cuando le faltaba rendir una sola materia. Pero él prefiere que en su biografía se le rinda homenaje a su padre "un hombre muy capaz y muy culto", que nunca les hizo pasar hambre y añade, "pero me crié en un barrio bravo y mis amigos siempre fueron vagos".

Menotti es un conversador infatigable, que es capaz de decir cosas serias y graciosas, como a una periodista que le preguntó si era Play Boy: "No, soy un long play"... ¿Cómo?, preguntó ella con su mente alemana... "Sí, un long play, soy un larga duración".

Por esto y mucho más no hará daño que empecemos a tratar de entender a este hombre singular.

"Cuando yo jugaba al fútbol no existía en mí la docencia. Nadie se preocupaba por mí, por

saber quién era yo. Me veían como un jugador de fútbol, pero jamás como un hombre que jugaba al fútbol". Por eso empecé a odiar ese medio y por falta de esa docencia, me convertí en un hombre descreído, en alguien que dejó de creer, incluso, en la pareja humana, me parecía que ésta —como la vida— eran un montón de mentiras juntas. Y todo porque el fútbol me formó al revés, me malformó, me mintió demasiado".

En esta parte de algunas de sus declaraciones, Menotti le inyecta autocrítica al tango y le concede al fútbol una grandeza que muy pocos han descubierto más allá de la habilidad con los pies y el cálculo en la venta y compra de jugadores.

"A pesar de los años, desde aquel comienzo, surgen pedazos de aquella incredulidad. Y es eso por lo que luchó, que creo en la gente, que me entrego, mas siempre aparecen los enanos que me traicionan... Pero soy un hombre de lucha que va derrotando a los enanos, tratando de contarles a los hombres que hacen fútbol, que este juego no es otro que el juego de la vida".